

## Al maestro, con cariño: Cristian Hernández Larguía



Con impecables 87 años, participó con su coro de la II edición de ANSILTA, Festival Nacional de Coros en San Juan. De formación primordialmente autodidacta, comenzó su actividad en la década del '30 como director del Coro Estable de Rosario, ciudad en la que se afincó su padre tras dejar su Buenos Aires natal. Hoy, con envidiables 87 años - cumplidos el pasado lunes - Cristian Hernández Larguía es uno de los directores corales argentinos más reconocidos dentro y fuera del país.

Pero si hay una obra que pinta de cuerpo entero a este incansable artista es Pro Musica, el conjunto que fundó en 1962 en Santa Fe y que aún dirige, cuyo crecimiento exponencial lo convirtió en diez años en un Instituto y con ramificaciones: Pro Musica Antiqua, Pro Musica para Niños, Pro Musica Barroca y la Orquesta de Cámara; además de un grupo de estudios orquestales, otro de canto gregoriano y hasta una Orquesta Infantil de Cuerdas, todos bajo su experta mirada.

Multipremiado (entre sus numerosas distinciones figuran el "Konex de Platino como Mejor director de la década, el Premio especial Tribuna Musical de la UNESCO por su CD Pasión según San Mateo de Bach y el premio Trayectoria Honorable como Director de Coro del Senado de la Nación), motivos para homenajearlo sobran. Y es por eso que se le rindió su primer y merecido tributo en San Juan, en el Festival Ansilta.

"Estoy muy homenajeado en estos días... Como estoy viejo y después la gente se olvida, es como ir dejando algunas marcas en el barro", dice con humor en diálogo con DIARIO DE CUYO este valuarte de la música coral, que guarda gratos recuerdos de la provincia, asociados a su infancia y -como no podía ser de otra manera- a la música.

"Mi padre tenía la fantástica idea de que teníamos que conocer nuestro país, y cuando era un niño viajamos a San Juan en auto. Pasamos por la ciudad y luego fuimos por Barreal hasta Uspallata. Recuerdo que no había ruta, era todo un gran desierto y había que tomar como referencia una montaña (risas). Fue una experiencia extraordinaria porque además yo escuché ahí por primera vez una serenata. Había unos cantores que le cantaban a una paisana, fue lindísimo y para un chico algo inolvidable, tanto que todavía la estoy escuchando: «Altiya y soberbia cual diosa pagana» (canta el vals Ilusión azul). Me parecía llamativo porque la voz cuyana es más aguda que la del llano. Después por distintas razones viajé a San Juan muchas veces, con y sin viento Zonda, y conozco ese maravilloso Auditorio", relata Hernández Larguía, cuya vocación comenzó a moldearse a muy corta edad.

Su padre, arquitecto, trabajaba escuchando la música que salía de una gran vitrola a cuerda; y ahí estaba siempre Cristian, a quien -cuando tenía 3 o 4 años- le hizo una escalerita para que llegara al aparato y pusiera sus discos favoritos: uno de coros de los cosacos del Ural y, más grande, el concierto para dos violines de Bach, que se sabía de memoria.

"Esa era la música que se escuchaba en casa, así que yo estaba educado en forma indirecta. Pero creo también hay una disposición natural en las personas, aunque a decir verdad nunca me he preocupado por analizar eso, las cosas son así y que otro se dedique a investigar (risas)", comenta quien, de chico, también disfrutaba las sobremesas musicales en familia.

"Tuvimos la suerte de ir al Colegio Alemán donde se le daba mucha importancia a la música. De grande vine a enterarme que lo que cantábamos en la escuela era Beethoven, Shubert, Mozart, Hayden y esa gentuza (risas). En casa cantábamos lo que aprendíamos en el colegio, mi madre tenía una voz hermosa; y también jugábamos a las adivinanzas:

hacíamos un ritmo golpeando en la mesa y el otro tenía que adivinar qué tema era", recuerda con alegría.

Apenas con 18 años se hizo cargo de la Biblioteca Musical de La Cultural Inglesa en Rosario, donde tuvo acceso a música y literatura coral. En el 42 entró al Coro Estable de Rosario, del que quedó a cargo cuando su fundador, un alemán casado con una judía, volvió a su patria una vez terminada la segunda guerra mundial. Y aunque incursionó en la Arquitectura -llegó a tercer año-, finalmente se decidió por la carrera coral.

"Hace varios años, con mi padre ya muerto, se le hizo un homenaje. Y alguien que había sido su alumno me dijo «vos no te das una idea del disgusto que le diste cuando decidiste dejar la carrera» (risas). El sólo me había dicho «bueno hijo» y no se habló más del asunto. Siempre me apoyó y tuve la suerte de que pudiera ver que yo no había hecho tan mal en abandonar Arquitectura", cuenta entre risas este hombre que se considera un privilegiado por las oportunidades y los maestros que tuvo; y que rehúsa hablar de su propio talento. "No sé, esa parte no la conozco", dice.

*fuentes y fotografías:*

<http://www.diariodecuvo.com.ar/>